



El hermano Alois alienta a los 15.000 peregrinos del encuentro ecuménico de Madrid a “no aceptar situaciones de injusticia”

mulaba el horizonte madrileño, con *La adoración de los pastores*, de **El Greco**, como lienzo que presidía la nave. Una tarde tras otra, el silencio durante más de una hora, solo roto por el sosiego del lenguaje universal de una música que esponja y las palabras del hermano **Alois**. Y los jóvenes, metidos en la dinámica. No se veían bostezos ni dedos jugueteando con las aplicaciones del móvil. Sí interiorización, como respuesta a cada una de las meditaciones lanzadas por el hermano Alois, prior de la orden, siempre rodeado de niños. Con la hospitalidad como tema transversal que vertebró su alocución inicial, el religioso se detuvo en los días posteriores en reflexionar sobre la confianza y la acogida al diferente, hasta cerrar sus alocuciones con una llamada a adquirir “compromisos concretos por la paz”. Eso sí, siempre conectados a “la fuente de la reconciliación”. “Esta fuente no es una idea, es una persona, es Cristo. Nos da su paz. Sin la paz interior que de él recibimos, la tentación del desaliento y de la amargura puede volverse demasiado fuerte”, aclaró.

“No aceptemos situaciones de injusticia, ni cerca ni lejos de nosotros”, alentó a los participantes, a quienes invitó a reducir la brecha entre ricos y pobres, a acoger al migrante y

Los jóvenes de Taizé, llamados a “humanizar la globalización”

No iban de farol. Taizé consiguió reunir en las fiestas navideñas de Madrid a más de 15.000 jóvenes durante cinco días, Nochevieja incluida. No era un desafío sencillo, teniendo en cuenta los batches iniciales para la acogida en familia y que las largas fiestas navideñas a la española en familia dificultaban una asistencia masiva. Pero no. El pabellón

4 de Ifema, que en unas semanas se vestirá de feria turística, estaba repleto. El gris asfáltico hormigonero, tapado por una alfombra de peregrinos, con 3.500 polacos al frente que recogen el testigo para celebrar este encuentro europeo de la comunidad ecuménica en la ciudad de Breslavia.

Color en el suelo y también en un panel de fondo que si-

a proteger la casa común. “¿Podríamos, en pequeños grupos en nuestras Iglesias, estar más atentos a situaciones de pobreza?”, preguntó a los jóvenes, a quienes les planteó “por ejemplo, visitas que alivien el aislamiento de una persona sin hogar, de una persona anciana que vive sola, de un niño abandonado”.

Y es que, en más de una ocasión a lo largo de los cuatro días de encuentro, el hermano **Alois** instó a los jóvenes a aterrizar su oración en gestos reales. “La atención a las solidaridades humanas es inseparable de la vida interior”, les detalló, para que se embarquen en “decisiones valientes” para vencer el mismo miedo que los discípulos sintieron en medio de la tormenta, cuando no eran capaces de descubrir la presencia de **Jesús**. Sin caer en estigmatizar o condenar a las nuevas generaciones, les encomendó “crear una globalización con rostro humano”.

Tras cada una de estas propuestas diarias de Alois, de nuevo el silencio, el canto, la adoración de la cruz y la bendición recibida, tanto del prior como del arzobispo anfitrión de las jornadas, **Carlos Osoro**. Fue el 30 de diciembre cuando Ifema colgó el cartel de completo. A los *millennials* se sumaron sacerdotes, religiosos y familias, a buen seguro conocedores en su juventud de la experiencia ecuménica, y que acudían de nuevo a la fuente que en algún momento vital les llevó a reencontrarse con

lo trascendente. Allí se hicieron presentes desde el nuncio **Renzo Fratini** hasta el presidente y el secretario general del Episcopado –**Ricardo Blázquez** y **Luis Argüello**–, a los que siguieron algunos arzobispos, entre otros, **Juan del Río** y **Jesús Sanz**. Y algún obispo, como **Antonio Gómez Cantero**, que participó con sus diocesanos de todo el encuentro. A ellos se sumaron los representantes de las diferentes confesiones cristianas de nuestro país.

Hasta llegar a Ifema, los peregrinos arrancaban la jornada con una oración en la comunidad parroquial o escolar de acogida, continuaban con un tiempo de oración contemplativa en La Almudena y completaban con talleres que buscaban aterrizar el canal de comunicación orante en compromiso real. Unos optaron por visitar El Prado con mirada creyente, otros por escuchar cuentacuentos como relatos que tienen mucho de evangelio y no pocos se dejaron conquistar por el **Unamuno** más cristiano, que expusieron el redactor de *Vida Nueva*, **Miguel Ángel Malavia**, y uno de los hermanos de Taizé. Hasta la bandera se completó en todas sus sesiones el taller sobre la toma de decisiones para unos jóvenes que, sin ser conscientes, habían dado un paso clave en este sentido: dejar a un lado el cotillón de la Nochevieja para construir, al menos por unos días, la fraternidad que sabe a armonía en cada canto de Taizé.

JOSÉ BELTRÁN



Osoro y Alois, en un momento del encuentro

Europa necesita arriesgar

Encuentro europeo. Sí, en medio de una Unión Europea de la que se aleja el Reino Unido y que ve como otros tantos pierden la confianza a destajo. “La Iglesia tiene la responsabilidad y la posibilidad de crear vínculos entre las naciones”, alentó el hermano Alois tras darse a conocer que Breslavia ha sido la ciudad polaca elegida para acoger esta cita ecuménica en 2019. “La construcción de Europa pasa por dificultad y crece la tensión entre las potencias”, reflexionó el religioso, que apuntó que la nueva cita en Polonia puede “ser de gran importancia, porque significa que los jóvenes de distintos sitios pueden hablarse, escucharse y comprenderse, más allá de las fronteras”. Esta llamada a la fraternidad la compartió el cardenal Osoro. “Europa necesita jóvenes que arriesguen la vida por Cristo y en nombre de Cristo, con ese arma que destruye lo que nos separa, todo egoísmo y toda incapacidad para reconocer que el otro es mi hermano”, sentenció el arzobispo de Madrid, que se identificó con la llamada del Papa a “salir de nosotros mismos y caminar por todas las periferias para encontrarnos con todos”. Desde ahí, el pastor lanzó un desafío para la opinión pública: “Necesitamos atrevimiento para que sintamos al de al lado como un hermano mío, aunque no estemos de acuerdo con él”. En esta misma línea evocó a Juan Pablo II para recuperar aquel “Europa, sé tú misma”. “Este encuentro de jóvenes es una profecía de lo que tenemos que vivir. Lo que nos han demostrado los jóvenes es reflejo de que podemos vivir unidos y de que podemos tener un proyecto común”, comentó. Haciendo balance de la cita, Osoro subrayó que, “cuando nos hemos reunido todas las noches a rezar en idiomas distintos, había un entendimiento común, cantando al unísono desde lo más profundo”. “He experimentado que jóvenes venidos de toda Europa con distintos idiomas, culturas, países, confesiones cristianas... han encontrado una forma de entenderse: el lenguaje del corazón”, confesó. Por su parte, el hermano Alois dejó la ciudad de Madrid calificando la organización como “maravillosa”, haciendo hincapié en el papel de Osoro –“una bendición del Señor por su apertura a nosotros y la fortaleza de sus decisiones”–. Preguntado por *Vida Nueva* sobre la posibilidad de que el papa Francisco viaje a Taizé, como lo hiciera Juan Pablo II, lo resolvió con humor y diplomacia: “Preguntémosle al Espíritu Santo”.



DIEGO LORAS

JOVEN DE TERUEL
DE 22 AÑOS

Y Taizé me atrapó el corazón...

Cuando la primera noche del Encuentro Europeo en Madrid vi a unos cuantos jóvenes adorando una cruz de Taizé, se me encogió el corazón. Yo estaba esperando en la fila para poder realizar, por primera vez en mi vida, el gesto de la adoración a la cruz, que hicimos los jóvenes al final de cada oración de la tarde en el recinto de Ifema. Fue, realmente, una experiencia de comunión con Jesús y con los otros jóvenes. Por unos minutos, creo que hice algo parecido a lo que la teología llama oración. Ese concepto que se nos ha enseñado tan bien a los jóvenes de forma teórica, pero casi nunca de forma práctica. Taizé consigue revertir eso.

No escuché en todo el encuentro una palabra sobre cómo hacer oración y, sin embargo, oramos durante más de 2 horas al día. A veces te despistas, claro. Muchas veces. Mientras los hermanos de Taizé entonan canciones a un ritmo lento, por tu cabeza empiezan a cruzar pensamientos que nada tienen que ver con la oración. A menudo son cosas que te preocupan, detalles en que te fijas en ese momento o simplemente pensamientos

sin importancia de lo que te ha acontecido ese día. Y de repente, una palabra de una canción, un momento de silencio o el rostro orante de un compañero, te conectan con la oración. Progresivamente vas profundizando y, a veces, llegas a sentir a un Dios que te habita y que te quiere hablar al corazón, aunque descifrar el mensaje se te haga un poco complicado. Disfrutas del momento e intentas guardarlo en tu memoria, pues la experiencia te dice que es difícil experimentar eso en la rutina.

Solo por vivir esos minutos de sentir a Dios con simplicidad y sin “extravagancias místicas”, hubiera merecido la pena pasar el fin de año en el encuentro de Madrid. Sin embargo, hubo mucho más.

Todo lo que rodea la experiencia de Taizé habla de Dios. Desde que llegas al punto de acogida el primer día, observas la gratuidad con la que actúan los voluntarios, la hospitalidad de las familias y comunidades de acogida, el encuentro entre personas de distintas culturas y lenguas...

Hay algo más que me ha llamado poderosamente la atención estos

días. Los jóvenes escuchábamos atentamente los mensajes del hermano Alois. Esto no es algo que muchos sacerdotes puedan decir de sus homilías.

¿Qué hay entonces de novedad en las palabras que nos dirige el prior de Taizé? Supongo que una mezcla de cosas, pero principalmente me parece que son dos aspectos.

El primero es que sus discursos están redactados desde la vida. Desde la realidad cotidiana de una persona que intenta ser espiritual, pero convive con las dificultades y tensiones que plantea el día a día en el mundo del siglo XXI. El hermano Alois no hace “alta teología”, sino que nos habla de espiritualidad y humanidad de una manera que le entendemos. Y no solo entendemos sus mensajes, sino que estos nos animan interiormente a movilizarnos. Con esto tiene que ver el segundo aspecto.

Creo que Taizé recupera un tesoro que las Iglesias aún tienen que desempolvar: el pensamiento social cristiano. Así lo viví en los talleres, que sirven para que los jóvenes descubramos las reflexiones que brotan del evangelio sobre diferentes aspectos sociales. También lo constaté en las palabras de clausura del hermano Alois. Habló de tres grandes desafíos a los que los jóvenes debemos encontrar soluciones creativas: la brecha entre ricos y pobres, la acogida de los migrantes y refugiados, y la degradación del medio ambiente.

Ha sido un regalo pasar un fin de año acercándome a Jesús y conociendo a otros jóvenes creyentes. Además, en Taizé me he encontrado una de esas escasas experiencias eclesiales que vive lo que se suponía que iba a ser la Iglesia después del Concilio Vaticano II. La espiritualidad de la comunidad ecuménica de la borgoña francesa es el camino a seguir para las Iglesias en muchos aspectos. Los jóvenes así lo creemos. ●



El hermano Alois y el cardenal Osoro reciben a los jóvenes